

SAN JUAN CRISOSTOMO

Doctor de la Iglesia

**LOS SEIS LIBROS
SOBRE EL SACERDOCIO**

Traducidos del griego por
DANIEL RUIZ BUENO

Serie
Los Santos Padres
N.º 23

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-534-1990

I.S.B.N.: 84-7770-165-2

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mite S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Los seis libros *Sobre el Sacerdocio* son, sin género de duda, la obra más famosa y más universalmente conocida de San Juan Crisóstomo. Muy tempranamente se convirtieron en obra clásica en la materia, y como tal, con sobrada razón, son considerados todavía. Ya Isidoro Pelusiota, presbítero y abad de un monasterio cerca de Pelusio, en el Delta del Nilo, habla del libro, en vida quizá todavía de su autor ¹, en términos de alto elogio y entusiasmo: “Te he remitido —escribe a un tal Eustacio— el libro que buscabas y espero ha de producir en ti el fruto que suele en todos los que lo leen. Porque no hay, yo te lo aseguro, no hay corazón en que su lectura haya penetrado y no haya quedado herido del amor divino. Enseña, en efecto, por una parte, cuán augusto e inaccesible sea el sacerdocio, y muestra, por otra, cómo hayamos de desempeñarlo irreprochablemente. Porque aquel sabio intérprete de los secretos de Dios, Juan, ojo que fue no sólo de la Iglesia de Bizancio, sino de toda la Iglesia, compuso este libro tan puntual, sutil y prudentemente, que todos los sacerdotes encuentran en él lo que les conviene: Los que según Dios desempeñan su ministerio, sus méritos; los que con negligencia y desidia, sus reprensiones” ². San Jerónimo conoce la obra del Crisóstomo ya en el año 392: “Juan, presbítero de Antioquía, dícese que compone muchas obras, de las que sólo he leído la *Peri hierosymes*” ³. La época bizantina siguió apreciando la obra crisostomiana, como lo prueba el *Léxico* de Suidas (s. u. *Joannes*), compuesto hacia 950: “Dícese que éste escribió muchas obras, entre las que descuellan sus tratados o libros *Sobre el Sacerdocio*, por la elevación de su estilo y por la suavidad y elegancia del lenguaje”.

Del Renacimiento acá, se han sucedido sin interrupción las ediciones, ya sueltas ⁴ o ya englobadas en las *Opera omnia* de San Juan Crisóstomo, lo mismo que las traducciones, con o sin comentario, a las

lenguas modernas. De éstas sólo quiero hacer mérito a la versión española del benemérito y célebre escolapio Padre Scio de San Miguel, obispo que fue de Segorbe. El ejemplar que tengo delante lleva esta portada: “Los seis libros / de San Juan Crisóstomo / sobre el sacerdocio / traducidos en lengua vulgar / e ilustrados / con notas críticas / por el Padre Phelipe Scio de San Miguel / de las Escuelas Pías. / En Madrid: / En la Imprenta de Pedro Marín. Año de MDCCLXXIII”. El libro se dedica “Al Ser.^{mo} Infante Don Gabriel de Borbón”, y ya de golpe nos dedicamos al humilde menester de trujimanes: “La dificultad de una buena traducción es conocida solamente de aquellos que saben hacerla. Y como sea muy corto el número de los que traducen bien, por esto son muy pocos los que no desprecian este género de aplicación”. En la *Advertencia* que se sigue, pondera muy justamente el P. Scio la importancia de la obra que traduce y enumera muy puntualmente a los que en diversas lenguas y naciones le precedieron en la tarea; testimonio, esa página, de que el ilustre escolapio pertenecía al corto número de españoles que entonces, como ahora, viven alerta en la atalaya de su tiempo, oído atento al soplo y rumor de los vientos del espíritu. Un deseo expresa el P. Scio de San Miguel: “Sería, sin duda, utilísimo, que imitando la aplicación de los antiguos españoles que apenas dejaron autor alguno profano, particularmente griego, que no tradujesen, se aplicasen ahora muchos a entresacar aquellos lugares y tratados más señalados de los primeros Padres, y los ofreciesen al público en un traje, por el que pudiesen ser conocidos de todos y hacerse familiares aún a los menos instruidos”. ¡Remotísima llamada a esta humilde tarea que estamos empeñados en realizar! La versión del P. Scio va acompañada del texto griego (y él da muy discreta y exactamente la razón de ello), pues en aquel siglo XVIII, que a bulto y a carga cerrada hemos dado en llamar de decadencia, aun quedaba en España algún gusto y sabor de lengua griega, que luego se perdió, como tantas otras cosas... En el siglo XIX se reprodujo, naturalmente sin el texto griego, la traducción del P. Scio por la Librería Religiosa de Barcelona. En lo que va del XX, no conozco ninguna edición española de la obra de San Juan Crisóstomo.

* * *

La obra de San Juan Crisóstomo *Sobre el Sacerdocio* es a la par obra de arte tan fino, que raya a veces con el artificio, y de tan profunda sinceridad, que llega a la confesión personal y se desata a

veces en gritos de íntima y conmovedora angustia del alma. Lo cual quiere decir que no es posible conocer a fondo esta obra sin enmarcarla en la vida del autor; ni su arte, sin conocer su formación e ideas literarias. “Jamás –dice A. Puech– escribió Juan nada que no tuviera un fin práctico, ni pidió a las letras y menos a la poesía un consuelo o una distracción”⁵. No escribió, pues, por entretenimiento y ejercicio de retórica, sino por imposición de las circunstancias y exigencia íntima de su espíritu. Gracias a ello, San Juan Crisóstomo es de los pocos escritores –único tal vez entre sus contemporáneos– en que la sinceridad se hermana con la retórica y la vence y sobrepuja. Triunfo no pequeño en una época de la literatura griega en que las formas hueras y el pulimento de la frase trataban de disimular el absoluto vacío de las almas. La retórica había matado a la literatura. Sigamos, pues, a Juan en su vida y estudios hasta el momento en que toma la pluma y redacta estas apasionadas páginas *Sobre el Sacerdocio*.

Antioquía, la ciudad asentada sobre el Orontes, metrópolis de Siria y capital del reino de los Seléucidas, fundada hacia el año 300 antes de Jesucristo por Seleuco Nicator y llamada del nombre de su padre Antíoco, fue la patria de Juan, que en vida fue dicho Juan de Antioquía, y la posteridad, como homenaje a su elocuencia, conocerá con el nombre de Crisóstomo, o “boca de oro”. Juan nace a mediados del siglo IV, por los años 344 ó 347, que en esto no se acuerdan los autores. Orgulloso podía sentirse de su ciudad natal, que los antiguos ornaron con los calificativos de “la grande” y “la bella”, ápice o cima de la belleza de Oriente⁶. Pero, sin duda, lo que más le exaltaba era la gloria del abolengo cristiano de Antioquía: “En Antioquía –nos relata el libro de los *Hechos de los Apóstoles*–, los discípulos fueron por vez primera llamados cristianos”⁷, gloria que recordará Juan a sus oyentes en ocasión memorable, tomando pie de ello para exhortarlos a no desdecir de sus orígenes: “Como por doquiera se celebra la gloria de nuestra ciudad de haber sido la primera entre todas las ciudades del orbe en recibir el nombre cristiano, así vosotros ahora haced saber a todos que Antioquía arrojó de sus propios confines los juramentos”⁸.

La familia de Juan fue noble y rica. En su libro *Sobre el Sacerdocio*, nos dirá que no fue la menor causa de su fuga de la dignidad sacerdotal o episcopal su deseo de evitar que se atribuyera su elección a la posición preeminente de su familia, como sucedía –él mismo nos lo describe dramáticamente– con harta y lamentable frecuencia en su tiempo. Su padre, a quien se da el nombre de *Secundus*

y que parece de alcurnia romana, lleva el título y desempeñaría sin duda la dignidad de *magister militum Orientis*. Fue, al parecer, pagano, y murió a poco de nacer Juan. La influencia profunda, decisiva y benéfica la recibió éste de su madre, Antusa⁹, admirable mujer, que es lástima no sea más conocida y amada de las madres cristianas, cuando pudiera formar la otra cara de Mónica, la de la madre que tiene la dicha de modelar en el alma del hijo amado la imagen viviente y querida de Jesús, antes de que el desbordamiento de las pasiones vengan a cubrirla o mancillarla de cieno de pecado. Juan tuvo un alma ardiente y apasionada, pero felizmente orientada hacia el bien. No hay en sus obras rastro de una crisis y menos de caídas que recuerden al joven Agustín. ¡Cuánta parte no hubo de tener en esta rara victoria aquella madre admirable, viuda a los veinte años, a la que Juan hace pronunciar, al comienzo del libro I *Sobre el Sacerdocio*, el discurso más admirable, elocuente y conmovedor de toda la obra! No cabe duda que el hijo presta a la madre su propia elocuencia y su pericia en cincelar períodos al modo isocrático, aprendida en la escuela de retórica, pero los hechos son ciertos y la impresión de verdad nos cautiva y conmueve desde el primer instante. Viuda apenas nacido el hijo, no sueña jamás en volverse a casar. Conságrase toda a la obra de su crianza y educación generosa, mirando en el espejo de la cara del niño la imagen viva del esposo difunto. No repara en gastos; resiste las insidias de los parientes y las extorsiones de los agentes del fisco; administra ella misma su hacienda y logra conservar intacto para el hijo todo su patrimonio. Pero, sobre todo, con espíritu de cristiana y sobrenatural maternidad, va modelando su alma y formándola en la fe y en la vida que había de profesar por el bautismo, recibido, es cierto, por Juan en edad bastante tardía, según costumbre de verdad extraña para nuestro actual sentir, en aquel siglo IV y en aquella Antioquía cristiana. Juan guardará siempre un dulce recuerdo de su madre, no exento de admiración a su virtud. En una de sus primeras obras, cuenta que oyendo decir su maestro de retórica (“que era –dice– el más supersticioso de los hombres”, es decir, pagano), cómo su madre había quedado viuda a los veinte años y no había jamás querido casarse de nuevo, lleno de asombro exclamó: “¡Qué mujeres hay entre los cristianos!”¹⁰.

¿Quién es este maestro, *sophistés*, como Juan le llama, a cuya escuela lleva a su hijo esta mujer admirable? Parece no puede ponerse en duda –y el pasaje copiado es el mejor testimonio– de que se trata

del famosísimo profesor de retórica. Libanio, que, natural también de Antioquía y después de enseñar su *téchne* en Constantinopla, Nicea y Nicomedia, se fija definitivamente en la propia Antioquía desde el año 354. Libano, amigo íntimo y panegirista de Juliano el Apóstata, era, naturalmente, enemigo acérrimo de los cristianos. Como profesor de retórica —*sophistés*— fue el más famoso de su siglo, y su obra, enorme y farragosa, se nos conserva íntegra. Antusa, soñando, como buena madre, para su hijo un porvenir brillante —para el que aun entonces era la elocuencia la puerta primera y forzosa—, no vacila en proporcionarle el mejor profesor de su tiempo. Tiene, sin duda, tal confianza en la fe y espíritu cristiano de Juan, que no ve ningún peligro en que frecuente, a sus dieciocho años, la escuela “del más supersticioso de todos los hombres”. Juan, sin embargo, no llega a cobrar verdadero afecto a su maestro. En el pasaje citado habla de él fríamente. Repugnábale, sin duda, su paganismo rezagado y terco; y, de hecho, en otra de sus obras ¹¹, le trata abiertamente sin consideración ninguna.

A pesar de estar Juan maravillosamente dotado para la elocuencia, o más bien, precisamente por eso, no debieron tampoco de entusiasmarle mucho las doctrinas literarias de su maestro. Libanio mismo tuvo que componer un largo discurso, lleno, por cierto, de pasión, y todo él documento histórico interesantísimo, contra algunos hombres “siniestros y envidiosos”, que se burlaban de su enseñanza y le acusaban de no haber logrado sacar ni un solo discípulo famoso en elocuencia ¹². Si Juan oyó ese discurso, en él pudo enterarse de un principio de elocuencia que no constaba entre los preceptos de la *téchne* del sofista, pero indudablemente más exacto y profundo que todos los demás por él explicados: “La elocuencia —viene a decir en suma el profesor pagano— está en decadencia; mas no es porque él no sepa o no quiera enseñarla, sino porque antes, de Constantino a Juliano (mero respiro, el reinado de éste), la religión ha decaído mucho más. El deshonor de los dioses se extendió a los discursos: *Y es muy natural, pues en mi opinión, ambas cosas, religión y elocuencia, están íntimamente relacionadas*”. La opinión del sofista antioqueno es absolutamente exacta y el hecho que enuncia, de enorme trascendencia histórica. El espíritu pagano estaba agotado. A Juan tenía que parecerle un juego vacuo todo aquel aparato de pulidas palabras y rebuscadas figuras retóricas que nada decían, porque los hombres del tiempo nada tenían ya que decir. Ciertamente que él aprende y se asimila

perfectamente toda la técnica o “arte” de la composición y del discurso que los sofistas venían enseñando desde los tiempos, ya tan lejanos, de Gorgias de Leontinos y Trasímaco de Calcedonia, hasta el momento en que él, mozo todavía, se siente en la escuela de retórica de Libanio. ¡Ocho siglos de retórica, en el que el artificio terminó por matar el arte y la elocuencia ahogó la literatura” “Juan —dice A. Puech—, estaba admirablemente dotado para la elocuencia y aprendió en la escuela de Libanio todos los secretos de la retórica, y los aprendió de un maestro, a quien faltaba profundidad como a todos los sofistas de su tiempo, pero que, al menos, hacía profesión de preferir la elocuencia clásica a la asiática, y dedicaba culto casi exclusivo a Demóstenes. Ya veremos que Juan es tan hábil como cualquiera en balancear los miembros de frases paralelos, en oponer las antítesis y en practicar todas las demás recetas al uso. Mas sírvese de ellas con discreción y añade sus cualidades personales”...¹³. Pero la prueba de que la elocuencia pagana no llegó excesivamente a su corazón (¡y hay que notarlo bien en el más grande orador cristiano!), la hallamos en un pasaje de inapreciable valor de este mismo libro suyo *Sobre el Sacerdocio*. Cuando en el libro IV trata de definir los deberes del sacerdote como heraldo o predicador de la palabra divina, no se le ocurre remitirle al estudio de los clásicos griegos, que él ciertamente conocía mejor que nadie, sino al grande heraldo y apóstol de Jesucristo, San Pablo, cuya elocuencia divina, totalmente ajena a las leyes y convenciones de la retórica pagana, exalta él con encendida elocuencia, a par que le defiende contra la ignorancia o malicia de quienes se escudaban en palabras mal entendidas del Apóstol para cubrir su propia pereza. ¡La elocuencia exalta a la elocuencia! Y no sólo exalta el Crisóstomo a San Pablo, sino que expresamente rechaza a los grandes modelos paganos, los mismos que él había oído exaltar en la escuela de Libanio: “Si yo exigiera al predicador que poseyera la suavidad de Isócrates, la majestad de Demóstenes, la gravedad de Tucídides, la sublimidad de Platón, pudiera traerse a cuento este testimonio de Pablo; mas todo eso lo dejo a un lado, con todo el demás superfluo adorno de la elocuencia profana, y nada se me da de la elocución ni de los períodos. Puede ser el lenguaje pobre y la sintaxis sencilla y sin rebuscamiento; mas nadie puede ser ignorante o lego en el exacto conocimiento de los dogmas. Y no queramos, por cubrir nuestra propia pereza, arrebatarse a aquel bienaventurado varón el principal de sus méritos y la corona de sus alabanzas”.

¡Cuánta elocuencia —añade Puech— en esta condenación de la elocuencia! Pero es que Juan preconiza otra elocuencia muy distinta de la que le enseñó su maestro Libanio: ¡La elocuencia del espíritu contra la vacuidad de la retórica! ¡San Pablo contra Isócrates! Nunca meditemos bastante nosotros, sacerdotes, ministros y heraldos de la Palabra, como aquellos que lo fueron desde el principio¹⁴, todo este tratado del más famoso (y quizá menos leído) de los predicadores cristianos.

¿Qué rumbo sigue Juan salido de la escuela de retórica de Libanio? Por entonces, y en la edad de veinte o veintidós años, recibe el bautismo de manos del obispo Melecio y se pone bajo la dirección de Diodoro, el que luego (378-394) fue obispo de Tarso. Melecio y Diodoro completan su formación cristiana y éste, Diodoro, que con Teodoro de Mopsuesta representa la escuela exegética antioquena, ceñida al sentido literal en la interpretación de la Sagrada Escritura, le inician en el conocimiento directo de las fuentes de la revelación, en que Juan superaría luego a todos sus maestros. Poco después de su bautismo, Juan empieza a oír, como todos los grandes cristianos de su tiempo, la voz del desierto. Su amigo Basilio, antiguo compañero de estudio y par en aficiones, le precede en la marcha y le importuna a su seguimiento; pero la magia de las súplicas maternas la detienen de momento. Mas he aquí que, de pronto, un extraño muro llega a oídos de ambos amigos. Se corría, nada menos, que se los quería ordenar de sacerdotes y llevarlos a la dignidad episcopal. Basilio, que se identifica con el que en efecto fue obispo de Rafanea, es sorprendido y ordenado; pero Juan logra evadir la ordenación por medio de la fuga. El libro *Sobre el Sacerdocio* empieza con el relato de este incidente y todo él se ordena a la justificación de esta fuga de Juan. Se ha puesto en duda la realidad del lance narrado en este prólogo y se lo ha creído como un marco literario para encuadrar todo lo tratado o libros sobre el sacerdocio, imitado, por añadidura, de la *Apología* de San Gregorio Nacianceno sobre el mismo tema. Mas no se ve motivo ninguno para rechazar los datos esenciales del cuadro, aunque haya en ello, como es de ley en todo lo griego, su parte de estilización o ficción literaria. El incidente hay que situarlo hacia el año 373. Quizá poco después muera la madre, admirable y amada, y puede Juan cumplir su sueño de fuga a la soledad, pues sólo ella le retenía en el mundo, aunque llevando en su propia casa vida de eremita.

Su vida en el desierto, cuyo comienzo se pone en el año 374 ó

375, dura seis años, cuatro en un cenobio y dos en la más completa soledad de anacoreta, en lo más áspero de una montaña. Estos años son decisivos en la vida de Juan. Aquí se temple su alma fuerte y un tanto áspera y abrupta como los montes que habita. Aquí se empapa en la lección de la palabra revelada. Aquí se purifica su espíritu y se adelgaza por la penitencia y se concentra en el ápice de sí mismo por el silencio y soledad. Aquí, sobre todo, lejos de todo mundanal ruido, se une su alma a Dios y siente que su corazón arde en el amor del Maestro que le habla y le explica el sentido de las Escrituras y el sentido de las cosas, del tiempo y de la eternidad. Y precisamente porque siente arder en su pecho la llama de la caridad de Cristo, siente la urgencia de la llamada de las almas, como debió de oírla Pablo en el desierto de Arabia ¹⁵, mucho antes de que el macedonio le gritara desde la otra orilla de la Tróada: “Ven, ayúdanos” ¹⁶. Como el Apóstol, a quien tanto ha de admirar y exaltar, Juan debió de sentir la certeza de que Dios le llamaba al campo de las almas y abandona el desierto. Pudo ser ocasión su resentida salud, que no soportó la quizá indiscreta aspereza de la vida eremítica; pero todo el libro *Sobre el Sacerdocio* está demostrando que Juan pone el ideal sacerdotal y apostólico por encima del mero vivir solitario, atendido a la sola perfección personal. ¿Cómo se explica entonces su fuga del mismo sacerdocio? Su amigo Basilio, interlocutor del diálogo, lo apremia con esta misma objeción: “Si el sacerdocio y ministerio de las almas es la máxima prueba de amor a Jesucristo, ¿cómo tú, que dices amarle, huyes de hacer aquello que El mismo señaló con la suma muestra de amor?” La explicación la da Juan a lo largo de toda la obra. En resumen, por un sentimiento de profunda humildad que, como siempre que es auténtica, debía de estar fundada en la verdad. Y la verdad era que Juan no se sentía, *por entonces*, con fuerzas suficientes para echar sobre sus hombros tan grave carga. La prueba está en que luego la aceptará y tendrá, ¡ay!, que arrastrar tormentas de pasión, de envidia y odio, mucho más violentas que las que había descrito o barruntado en su libro.

Como quiera que sea, en 381 vuelve a Antioquía y es ordenado de diácono por el obispo San Melecio, vuelto a su vez del destierro. Cinco años después, muerto Melecio, Fabiano, su sucesor, le ordena de presbítero y le encomienda el oficio de la predicación. Entre estas dos fechas, 381-386, es decir, en el periodo del diaconado, hay que poner la composición de su obra *Sobre el Sacerdocio*, y aquí, por lo

tanto, nos detenemos en la vida de San Juan Crisóstomo. Hay quien la sitúa en el periodo de su retiro (374-380); pero no me parece probable que un libro que exalta el ideal sacerdotal sobre la vida solitaria pudiera ser escrito en pleno fervor eremítico. Ni es tampoco verosímil, como opina J. A. Nairn, que lo escribiera en 386, ya sacerdote o a punto de serlo. Dice mejor con el texto y contexto, con la letra y espíritu del libro, imaginar a Juan en Antioquía, la grande y bella ciudad, cristiana, pagana y judía, como “ministro” al lado de su obispo, midiendo y meditando sobre el terreno, en la grandeza de los misterios divinos que el sacerdote realiza, y en las gravísimas responsabilidades del ministerio de las almas al sacerdote confiadas. Por todo el libro corre un aire, fresco de sinceridad a par que cálido de fervor, de quien observa con sus ojos la realidad y la pasa por el corazón, *la recuerda*, antes de fijarla en la página escrita. No fue ésta su única obra de este periodo. En él se colocan: *Los tres libros a Teodoro*, *Los tres libros contra los impugnadores de la vida monástica*, *Comparación o paralelo (Syncrisis) entre el monje y el rey*, *Los tres libros a Estagira*, *Consolación a una viuda joven*, *Los dos libros sobre la Compunción*, *Tratado contra Juliano y en honor de San Babilas*. Pero la obra maestra de este periodo son *Los seis libros sobre el Sacerdocio*, de los que, pues los tiene el lector en su mano y es muy probable que se decida a leerlos y aun meditarlos, no parece necesario dar aquí un menudo análisis, sí sólo sucinta idea de su forma y composición literaria.

Tras una breve exposición en que se nos cuenta la amistad de Basilio (que no fue el Grande, obispo de Cesárea) y de Crisóstomo y el incidente de la ordenación sacerdotal y episcopal de aquel y la fuga de Juan, comienza éste su apología ante su amigo y ante todos los que de diversos modos y por diversos motivos le afeaban su conducta. Conviene tener presente desde el primer momento este carácter de apología, o justificación personal, para comprender bien el espíritu y el tono de toda la obra y también (¿por qué no decirlo?) para explicarnos cierta impresión ambigua que en definitiva nos deja su lectura. San Juan Crisóstomo, diácono entonces y no sacerdote, contempla, en efecto, el sacerdocio supremo y único de Jesús, Pontífice nuestro, cabeza y principio de todo sacerdocio. El sacerdocio cristiano es una realidad única y divina, que sólo comprenderán en su plenitud aquellos que vivan la plenitud de su incorporación a Jesús Sacerdote, fuente de aquella fuerza de la gracia que hace exclamar a San Pablo y

a cuantos como él son llamados a la participación del sacerdocio de Cristo: “*Omnia possum in eo qui me confortat*”¹⁷. La unión del sacerdote con Jesús, maestro y amigo suyo por excelencia: “*nos autem dixi amicos*”... es, sobre todo, fuente de aquel amor, de aquella caridad divina más fuerte que la muerte, capaz de retar a la creación eterna: “¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o la espada? Como está escrito: “Que por ti somos diariamente llevados a la muerte; se nos considera como ovejas del matadero”. Mas yo estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni lo presente ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo alto ni lo profundo, ni criatura alguna ha de separarnos de la caridad de Dios que tenemos en Cristo Jesús, Señor nuestro”¹⁸. San Juan Crisóstomo nos perdonará mejor que nadie la larga cita de San Pablo, a quien él tanto amaba, porque jamás fueron dichas palabras tan ardientes, de tan sublime resonancia divina y que mejor revelen la fuerza sobrenatural del sacerdote que se siente uno, por lazo especial y único, con Jesús Sacerdote, Maestro, Señor y Amigo suyo.

Sería absolutamente falso y ajeno completamente a la mente del Crisóstomo, sacar la conclusión de que, pues el sacerdocio es cosa tan alta y divina y que tan graves responsabilidades entraña, mejor hacen los que de él huyen, como él huyó, que los que lo abrazan. Hay momentos en la lectura que nos producen esa impresión, o poco menos, a lo que contribuye además, allende lo dicho, una confusión, tal vez más lingüística que real, que corre a lo largo de todo el libro. San Juan Crisóstomo no distingue ordinariamente en sus razonamientos sacerdocio y episcopado, funciones de orden y de jurisdicción y gobierno, dignidad externa y carácter sagrado. Por aquellos mismo días de Juan dirá otro famoso presbítero: “*Quid enim facit, excepta ordinatione, Episcopus quod Presbyter non faciat?*”¹⁹. Sin embargo, largos pasajes y razonamientos del libro *Sobre el Sacerdocio* sólo tienen sentido aplicados a la dignidad estrictamente episcopal, sin que el autor haga distinción expresa de cuánto habla de obispos y cuándo de simples presbíteros. ¿Lo hace así por escrúpulo lingüístico, englobando a ambos en el nombre clásico de *hiereis*, *sacerdotes*? El hecho es que tiene cuidado de evitar cuando puede la palabra *episcopos* y que *episcopos* es para él, como para los autores clásicos, *visitar* y no, como es corriente en los autores eclesiásticos desde su glorioso paisa-

no San Ignacio Mártir, “ser obispo”²⁰. Por un escrúpulo o arcaísmo aticista semejante, llama el Crisóstomo “filósofos” a los monjes y “filosofía” a su manera de vida. Mas la prueba decisiva de la falsedad de la conclusión antedicha nos la da el mismo Santo, cuando tras los años de diaconada, acepta gozoso el presbiterado y, finalmente, cuando así lo exige el llamamiento divino y debidamente preparado por los años de diaconado y presbiterado, no rehuye la gloria y la tragedia de la dirección y gobierno de las almas, precisamente en aquella corrompida Constantinopla, anillo de Oriente y Occidente y confluencia de encontradas corrientes de ambición, de sangre y de placer. La conclusión, pues que San Juan Crisóstomo mismo insinúa muchas veces, es otra: Cuán diligente, cuidadoso, escudriñador examen y tanteo de fuerzas, propio y ajeno, de elegido y electores haya de preceder a la elección de tan sublime dignidad y estado, que si, además, como es normal en uno u otro grado, lleva aneja la dirección y gobierno de las almas, entraña las más tremendas responsabilidades. Juan tiene conciencia al escribir su libro de que está hablando, no ya sólo ante su amigo Basilio, sino a toda la Iglesia, y no teme, por cierto, poner el dedo en la llaga de los gravísimos males que entonces le aquejaban, contra los cuales nunca está de más que estemos sobre aviso. De esta manera, una obra que empezó por una defensa personal, termina por ser de interés universal y se mantiene tan actual en nuestro siglo XX, como en los días lejanos en que fue escrita en la Antioquía del siglo IV. Se admira uno en verdad de lo poco que varían los hombres y cómo cuadros y pinceladas de Juan sobre los cristianos —altos y bajos— de la Antioquía del siglo IV, retratan lo mismo a los de nuestros días.

Estilísticamente, la obra es de perfección clásica, muchas veces admirada. “Por la amplitud de la concepción, por el bello equilibrio de la composición, por la elegancia, brillantez y movimiento del estilo, estos seis libros *Sobre el Sacerdocio* forman realmente una obra hermosa, digna de las más puras tradiciones clásicas, a la que sería difícil hallar equivalente en la literatura profana del siglo IV”²¹. Su forma es el diálogo, no a la manera platónica, con aquella vida, naturalidad y dramáticos lances del genial y nunca superado creador del género, sino más bien a la manera oratoria de Cicerón, en que los personajes se complacen en largos discursos y disertaciones, rotas sólo, para comodidad de las transiciones, por la oportuna o brusca intervención de paciente interlocutor. Orador por naturaleza, Juan lo

es aun hablando o fingiendo hablar con solo su amigo. De pronto se olvida que es a él solo a quien tiene delante y se cree ante una muchedumbre colgada de su boca de oro. Oratorio es también el estilo, todo vehemencia y pasión, redundante muchas veces. Oratorios los largos períodos, las figuras, los adornos que llamó Cicerón *humina orationis*, sin los que no hay orador que hable al público, como la mujer no sale a la calle sin los suyos...

* * *

Tal es la obra famosa, lector paciente (bien mereces el calificativo si has tenido paciencia de leer toda esta Introducción), cuya interpretación te ofrezco, en la lengua de Granada, por si no tienes la fortuna de poderla gustar en la pura ática de Juan Crisóstomo. Ambos grandes maestros de su lengua, ambos lumbres y cumbres de la elocuencia cristiana, pero ambos grandes heraldos de la palabra divina, porque pusieron a su servicio la palabra humana y no aquélla al servicio de su vanidad, pecado de oradores. Te la ofrezco con la mejor voluntad y deseo, si eres sacerdote, para que la leas y medites en la divina presencia, y esta voz lejana y cálida de un gran Padre de la Iglesia te ayude a comprender ya ahondar más y más en tu sublime dignidad y gravísimas responsabilidades, y despierte “aquella gracia que hay en ti y te fue dada por la profecía con la imposición de manos del Presbiterio”²². Y ya, puesto a copiarte a San Pablo, bien pudiera añadirte lo que seguidamente dice a su discípulo Timoteo: “*Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus...*” Y si no eres sacerdote, pero sí cristiano, lee también y medita este libro, para que te penetres de verdad tan olvidada como enérgicamente afirmada por San Juan Crisóstomo: “Que si nadie puede entrar en el reino de los cielos, si no renace por el agua y el Espíritu Santo; y que si no comemos la carne del Hijo del Hombre y no bebemos su sangre, no tendremos vida divina en nosotros (premisas evangélicas); como sea cierto que sólo por las manos consagradas del sacerdote se nos vierte el agua regeneradora y se nos infunde el Espíritu Santo y se nos reparte el Pan de vida y se nos absuelve de nuestros pecados, conclúyese que nadie puede despreciar al sacerdote ni sentirse ajeno al que nos engendra a la vida de Dios y nos la mantiene y acrecienta.” Conclúyese que es absolutamente falsa y absurda esa distinción, que quiere pasar por válida, entre religión y sacerdocio, como si fuera posible ser cristiano de otra manera que como lo ordena y manda

Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: “Quien a vosotros oye, a Mí me oye.”

Finalmente, te advierto, por si eres curioso de la lengua griega, que seguí en mi versión el texto de Dübner, que tiene al lado la preciosa ayuda de la versión latina...²³.

Salamanca, Epifanía del Señor de 1945.

NOTAS

1. Se discute si Isidoro de Pelusio fue discípulo directo de San Juan Crisóstomo; de lo que no cabe duda es de que fue ferviente admirador suyo. Murió hacia el 435. Su obra conservada son 2.012 cartas, algunas brevísimas, en cinco libros. Reimpresión, en *Migne*, P. G. 78.

2. Epist. 156, citada por el P. Scio de San Miguel, en su traducción, de que luego hago mérito.

3. De vir. inl. 129.

4. La mejor, la de J. A. Nairn, Cambridge, 1906.

5. Aimé Puech, *Histoire de la littérature grecque chrétienne*, tomo III, p. 462. París, 1930.

6. *Orientis apex pulcher*. Amm. Marc. XXII, 9, 14. Citado en *Pauly-Wissowa*, s. v. Antiochia.

7. *Hechos*, XI, 26.

8. Hom. “De Statuis”, XXIV, al fin.

9. El nombre debiera verterse por “Florida” y sería bonito nombre de mujer.

10. *Ad vid. iuniorum*, c. 2.

11. *Contra Juliano y en honor de San Babylas*.

12. Todo el discurso merece ser leído; cf. *Libanii opera*, recensuit R. Foerster, vol. IV, oratio LXII. Véase también E. Norden, *Die Antike Kunstprosa*, II, p. 451.

13. O. c., tomo III, p. 462.

14. Luc., *Prólogo del Evangelio*.

15. Gal., I, 17.

16. *Hechos*, XVI, 9: “*Ut autem visum videret, statim quaesivimus proficisci in Macedoniam, certi facti quod vocasset nos Deus evangelizare eis*”.

17. Philipp., 4, 13.

18. Rom., 8, 35-39.

19. San Jerónimo, Epist. CI, ad Evangelum, tomo VI, p. 803. Citado por Manning, *El Sacerdocio Eterno*.

20. Cf. Greek Lexicon of the Roman and Byzantine periods... by E. A. Sophocles, 1870, s. v.

21. A. Puech, o. c., p. 487.

22. I Tim. 4, 14.

23. *Sancti Ioannis Chrysostomi opera selecta*, Parissii, Fermin Didot. MDCCCLXI. ¡Lástima grande que la selección se quedó en el tomo I!

LIBRO PRIMERO

Sobre el Sacerdocio.

Amistad de Basilio y Crisóstomo.

Yo he tenido en mi vida muchos amigos, genuinos y sinceros, que no sólo sabían las leyes de la amistad, sino que puntualmente las observaban. mas entre todos ellos, con ser muchos, uno hubo que los sobrepasó a todos en afecto para conmigo y que hizo punto de honor dejar atrás en tanto grado a los otros amigos, cuando aventajaban éstos a los que sólo tenían conmigo una relación ordinaria y corriente. Este era el que me acompañaba a todas partes, pues seguimos los mismos estudios y tuvimos los mismos maestros. Un mismo empeño, un mismo afán poníamos en las letras, a que ambos nos dedicábamos; un mismo deseo teníamos y de unas mismas causas nacido.

Porque no sólo mientras frecuentábamos las escuelas tuvimos unos pensamientos, sino también cuando, ya salidos de ellas, hubimos de pensar qué manera de vida nos estaría mejor escoger. Y allende de éstos, muchos otros motivos teníamos para mantener irrompible y firme nuestra concordia. Pues tocante a nuestras patrias, no podía el uno engreírse sobre el otro por la grandeza de la suya; y por lo que hace a las riquezas, ni yo era un opulento, ni vivía él oprimido por extrema miseria, sino que la hacienda corría parejas con la igualdad de nuestro propósito. Igual era el lustre de nuestros linajes y todo, en fin, concurría a la armonía de nuestro sentir.

Se rompe el trato: Basilio, monje; Crisóstomo, en el siglo.

Mas venido el punto en que aquél determinó seguir la vida bienaventurada de los monjes y profesar aquella verdadera filosofía, rompióse el equilibrio de nuestra balanza. El platillo de Basilio, levantóse ligero en el aire; yo, en cambio, trabado como estaba todavía de pies y manos con las concupiscencias del mundo, hice bajar el mío, y lo forcé a quedar clavado en el suelo, sobrecargándole todavía con mis juveniles ilusiones. De allí en adelante, la amistad, cierto, siguió tan firme como antes; pero rompióse nuestro trato y comunicación; pues no era posible que tuvieran trato común los que tenían afanes tan dispares.

Juan levanta un poco la cabeza.

Cuando, finalmente, empecé a levantar yo también tantico mi cabeza de entre las olas de la vida secular, recibíome Basilio con los brazos abiertos; sin embargo, ya no fue posible guardar aquella nuestra antigua igualdad. Porque habiéndoseme adelantado en el tiempo y desplegado extraordinario fervor, levantábase muy por encima de mí y se cernía en las alturas. Mas siendo él bueno de suyo, y estimando grandemente mi amistad, apartábase de todos los demás y veníase a pasar todo el tiempo conmigo, cumpliendo así un antiguo deseo suyo, que mi tibieza, como dije, le impidiera cumplir antes. Pues no era posible que quien, como yo, frecuentaba el foro y vivía fascinado por las diversiones del teatro, se juntara muchas veces con quien vivía clavado sobre los libros y no aparecía jamás por la plaza pública. Por eso él, que estuvo antes separado de mí, una vez que me recibió en su mismo género de vida, dio al punto a luz el deseo de que anduvo desde antiguo con dolores de parto y ya no consintió arrancarse un momento de mi lado. Exhortábame además, constantemente, a que dejando cada uno su propia vivienda, tuviéramos los dos una habitación común. Y persuadióme en efecto, y ya estaba yo para poner manos a la obra.

Los ruegos de la madre.

Pero la magia de las súplicas continuas de mi madre me impidieron darle este gusto a mi amigo, o por mejor decir, recibir yo de él esta gracia. Porque apenas ella se percató de mi determinación y propósito, cuando, tomándome de la mano, me introdujo en la habitación, a ella sola reservada, y sentándome cerca del lecho en que me diera a luz, soltó la fuente de sus lágrimas, y entre lamentos y gemidos, dirigióme estas palabras, más lastimeras que sus mismas lágrimas: "Hijo mío —me dice—, yo no tuve la suerte de gozar por mucho tiempo de la virtud de tu padre, pues ése fue sin duda el beneplácito divino. Porque sucediéndose su muerte a los dolores de tu alumbramiento, a ti te dejó huérfano y a mí viuda a deshora, con todo el séquito de males que a la viudez acompañan y que sólo las que por ellos han pasado pueden bastantemente conocer. Ningún discurso bastaría a pintar aquel mar de tormentas en que se mete la pobre muchacha que, salida apenas de la casa paterna y sin experiencia del mundo, se ve de pronto sumida en dolor intolerable y forzada a sobrellevar preocupaciones que exceden su edad y su sexo. Tiene, en efecto, que corregir la indolencia de los criados y vigilar sus astucias, ha de rechazar las insidias de los parientes, sufrir con ánimo esforzado las molestias y la crueldad de los cobradores de tributos. Mas supongamos que el que se fue del mundo la dejó con hijos; si de niñas se trata, cierto que no será pequeña la preocupación y cuidado que a la madre le espera, mas al menos estará libre de gastos y temores. Mas si fuese un hijo, ¡qué de temores, qué de cuidados han de acumulársele día a día! ¡Qué de dispendios si quiere darle educación generosa! Y, sin embargo, hijo mío, nada de eso me movió a contraer segundas nupcias y traer otro esposo a la casa de tu padre. Firme me mantuve en la tormenta y huracán, y no rehuí el horno de hierro de la viudez, sostenida, ante todo, por el auxilio de lo alto, y consolada también sobremanera, en aquella mi desgracia, contemplando a la continua tu cara, en la que se veía viva y fielmente reproducida la imagen del esposo difunto. Por eso, cuando eras aún chiquito y no sabías todavía hablar —al tiempo que los hijos gustan señaladamente a sus padres—, tú eras todo mi consuelo.

Además, tampoco puedes echarme en cara, que si es cierto que sobrellevé generosamente la viudez; mas, apremiada de la necesidad, te menoscabé en algo la hacienda de tu padre, cosa que han sufrido

muchos que tuvieron la desgracia de quedar en orfandad, como yo misma lo sé de algunos. Toda te la he guardado íntegra, a pesar de que nada dejé de gastar de cuanto fue preciso para tu educación; mas todo ello, de mis propios bienes y de lo que traje de la casa de mis padres.

Y no pienses que, al decirte todo esto, intento recriminarte lo más mínimo. Sólo quiero pedirte una gracia en pago de todos estos beneficios: No me hagas otra vez viuda; no despiertes un dolor tiempo ha dormido. Espera al fin de mis días, pues quizá no está muy lejos el día en que tendré que emprender mi último viaje. Allá los jóvenes que podéis echar cuentas de llegar a larga vejez; a nosotros que ya llegamos a viejos, ninguna otra cosa nos queda que esperar sino la muerte. Así, pues, una vez que me hayas entregado a la tierra y colocándome junto a los huesos de tu padre, emprende entonces largos viajes, navega por los mares que te plazca, pues nadie habrá ya que te lo impida; mas en tanto que yo alentare, consiente en vivir a mi lado. No quieras ofender a Dios sumiéndome en tamaños males, cuando en nada te falté jamás. Porque si pudieras acusarme de que yo te arrastro a los cuidados del siglo, o que te obligo a entender en mis negocios, entonces no respetes las leyes de naturaleza, no la crianza, no la convivencia ni otra consideración ninguna; huye de mí como de un enemigo que acecha contra tu vida. Mas, si por el contrario, todo lo ordeno a procurarte completo vagar a fin de que te entregues a ese género de vida, si no otra cosa, deténgate al menos este vínculo conmigo. Porque, aunque digas que son infinitos los que te aman, nadie sin embargo te procurará que goces de tanta libertad como tu madre, pues nadie hay a quien tan de cerca le toque todo lo que a tu reputación se refiere”.

Astucia de Crisóstomo en la ordenación de Basilio.

Todo esto y muchas cosas más me dijo a mí mi madre y todo se lo referí yo a aquel varón generoso. Mas él, no sólo no se conmovió con semejantes razones, sino más y más me instaba con los mismos requerimientos de primero. Estando los dos en esta lucha, él rogándome a la continua y yo rehusando, inopinadamente nos llegó un rumor que nos turbó a entrambos: Decíase, nada menos, que se nos quería levantar a la dignidad sacerdotal. Yo por mí, en oyendo que oí noticia

semejante, fui presa del temor y de la perplejidad; de temor, no fuera que aun contra mi voluntad me cogieran para ordenarme; y de perplejidad, revolviendo muchas veces en mi cabeza cómo pudo pasarles por el pensamiento a aquellos hombres semejante cosa sobre mi humilde persona, pues por más que me examinaba a mí mismo, nada hallaba en mí que me hiciera acreedor a tan alta dignidad. Mas aquel generoso amigo mío, acercándoseme secretamente y tratando a solas conmigo de aquel asunto, como si nada hubiera yo oído, rogábame que aún en eso se viera que teníamos los dos un solo sentir y un mismo obrar, como siempre antes lo tuviéramos; que él, por su parte, estaba pronto a seguirme por el camino que yo tomara, ya fuera para rechazar, ya para aceptar. Yo, que me di cuenta de su resolución, juzgando que haría notable perjuicio al común de la Iglesia si por atender a mi propia flaqueza privaba al rebaño de Cristo de un joven tan excelente y de tantas partes para el gobierno de los hombres, no quise por entonces revelarle mi pensamiento sobre el caso, cuando antes jamás consentí que él ignorara una sola de mis determinaciones. Díjele que sería bien diferir la deliberación sobre el asunto para más tarde, puesto caso que por entonces la cosa no urgía; persuadíle al punto que no se preocupara por nada, y que, por lo que a mí tocaba, podía estar tranquilo, que de pasar el asunto adelante, nada haría sin común acuerdo con él. Poco tiempo después, presentóse el que nos iba a ordenar disimulando su intención y se lleva a Basilio, que nada de todo esto sabía, alegándole cualquier otro pretexto, y se le impone el yugo sacerdotal. Esperaba él, que, conforme a mis promesas, yo le seguiría en todo caso, o más bien, creía que me había yo adelantado y era él quien me acompañaba. Porque fue el caso que algunos de los que allí estaban, viendo que se molestaba de que le prendieran, empezaron a gritar (y así le engañaron) que era extraño que el que parecía de todo punto más atrevido y díscolo (refiriéndose a mí), hubiera condescendido con gran modestia a la decisión de los Padres, y que él, tenido por más sensato y modesto, se mostrara atrevido y vanaglorioso, alborotándose, recalcitrando y contradiciendo. A estas palabras, cedió Basilio. Cuando luego se enteró de que yo me había escapado, vino a mi casa muy triste y sentóse a mi lado. Quería hablarme y la misma tristeza se lo impedía. Iba a manifestarme la violencia de que había sido víctima; pero, apenas abría la boca, la tristeza le cortaba la voz, antes que la palabra traspasara los dientes. Viéndole yo todo lloroso y lleno de turbación, como quien sabía muy bien la causa de

ello, di en reír de muy buena gana, y tomándole de la mano, me esforcé en besarle, mientras daba gracias a Dios, de que mi industria hubiera tenido tan feliz término como siempre se lo había suplicado. Cuando él me vio tan contento y risueño, cayó en la cuenta de que yo le había engañado, y sintiólo y se irritó más todavía.

Acusación modesta de Basilio.

Repuesto, finalmente, un poco de aquella turbación de alma, me dijo: “Comprendo, aunque no se me alcanza la causa, que te hayas totalmente desentendido de mí y no tengas ya cuenta alguna conmigo; pero, al menos, debieras haberla tenido con tu propia reputación. Pues la verdad es que ha dado que hablar a todo el mundo, y no hay uno que no diga que por vanagloria rehusaste este ministerio, sin que ni uno tan solo te exima de la recriminación. Y por lo que a mí toca, ya no puedo ni presentarme en público, por el enjambre de gentes que se me acercan a acusarme. Apenas me ven aparecer por cualquier parte de la ciudad, me toman a parte quienquiera tenga alguna familiaridad conmigo, y sobre mí cargan la mayor parte de la culpa. “Tú sabías —me dicen— la decisión de tu amigo, pues no iba a ocultarte a ti cosa alguna; y en ese caso, lo que debiste hacer no fue ocultarlo, sino comunicárnoslo a nosotros, que no nos habría faltado medio de echarle mano.” Yo me avergüenzo de decir a nadie que ignoraba en absoluto que tú hubieras ya de tiempo atrás tomado esa resolución, pues temo crean que toda nuestra anterior amistad fue pura ficción. Pues, cuando así fuera (como así es, en efecto, pues ya ni tú mismo lo podrás negar después de lo que acabas de hacer conmigo), no es bien que revelemos nuestros males a los demás, cuando, por lo que fuere, tienen moderada opinión de nosotros. Temo, pues, decirles la verdad de lo pasado entre nosotros y no tengo otro remedio que callarme, mirar al suelo y dar la vuelta para no encontrarme con nadie. Porque si quiero huir la acusación primera, vendré a caer en la de embustero, pues nadie querrá creer que pusiste tú a Basilio en el número o cuenta de aquéllos a quienes no es lícito conocer tus secretos. Mas este punto quedese sin tocar, pues me basta que ese haya sido tu gusto. Mas, ¿cómo aguantar la vergüenza de todo lo demás? Porque los unos te acusan de arrogancia, otros de vanagloria; y los que no saben de perdón para los reos, de vanagloria y arrogancia juntamente. Y aún

añaden la injuria que hemos inferido a los que nos han honrado con su elección. “aunque bien merecida se la tienen” —dicen éstos—, y aun más que pueda venirles de nuestra parte; pues, dejando a un lado a tantos y venerables varones, han puesto los ojos en unos chiquillos, envueltos hace cuatro días en los cuidados de la vida, y porque han empezado a contraer el entrecejo, vestirse traje oscuro y fingir no sé qué tristeza de rostro, los han levantado de golpe y porrazo a tal dignidad, cual ni en sueños pudieran ellos esperar alcanzar jamás; y los que desde sus primeros años hasta la extrema vejez se han ejercitado en la virtud, están ahora en el número de los súbditos y son sus hijos los que los mandan, chicuelos que no saben ni de oídas las leyes por las que deben ejercer el mando”. Con estos y semejantes dichos nos acosan por todas partes. Yo, por mi parte, no sé qué contestar a todo eso, y te ruego que tú me lo expliques. Porque no creo que así, sin más ni más y a la ventura, emprendieras aquella fuga que había de traerle la enemistad de tan grandes señores, sino que calculada y consideradamente viniste a este término; por todo lo cual, me figuro que has de tener tus razones preparadas para la defensa. Porque del agravio que a mí me has hecho, no quiero pedirte cuenta alguna; no de que me has engañado, no de que me has traicionado, no de la confianza mía de que gozaste todo el tiempo de antes. Porque tomando yo en mis manos mi propia alma, si cabe así decirlo, la puse toda en las tuyas; mas tú has usado conmigo de tal astucia, cual si se tratara de precaverte contra tu más encarnizado enemigo. Sin embargo, si sabías que dar aquel paso era cosa provechosa, no debías huir tú del provecho; y si dañosa, apartarme también a mí de ese daño, puesto caso que decías apreciarme más que a nadie sobre la tierra. Y la verdad es que hiciste todo lo posible para que viniera a dar en él, y sobre todo, no había por qué usar de dolo y ficción con quien tenía por costumbre hablar y obrar en todo con absoluta sinceridad y sencillez para contigo; mas en fin, de nada de esto, como ya te he dicho, quiero acusarte ahora; ni siquiera voy a reprocharte por esta soledad en que ahora me has puesto, cortando aquellas conversaciones nuestras de que con frecuencia sacábamos tan grande provecho y no mediano placer. Todo lo dejo a un lado y todo lo quiero sufrir callada y tranquilamente, y no porque tu falta para conmigo sea de las que tranquilamente se puedan sufrir, sino porque desde el primer día que trabé amistad contigo, me puse por ley no pedirte jamás cuenta de ningún disgusto que pudieras darme. Y que el daño que me has acarreado no sea como

quiera, tú mismo lo sabes muy bien, recordando, como has de recordar, lo que de nosotros se decía por los extraños y lo que nosotros mismos a nuestras solas no cesábamos de repetir, conviene saber, cuán grande provecho había de resultarnos de permanecer unánimes y fortificados con la mutua amistad. Y aun decían más todos los que nos conocían: Que no sería menguado el bien que a muchos otros acarrearía nuestra concordia. Ciertamente, por lo que a mí toca, jamás pude comprender qué bien pudiera yo hacer a nadie; pero en todo caso, una ganancia no pequeña me parece ya segura, y es que, unidos, seremos invencibles a quienes quieran combatirnos. ¡Y qué de veces no te lo recordaba! Los tiempos —te decía yo— son difíciles. Los que nos acechan muchos; se ha perdido la verdadera caridad y en su lugar se ha introducido la envidia funesta. Vamos atravesando por entre lazos y caminamos por encima de las almenas de la ciudad. Muchos son y por doquiera nos rodean los que están prontos a alegrarse con nuestros males, si alguno nos sobreviene; con los dedos de la mano pueden contarse los que se compadecerían, si es que hay alguno. Mira no sea que separándonos un día, demos que reír a muchos, y no quiera Dios que tengamos que lamentar algo peor que el ridículo. “El hermano que ayuda a su hermano es como ciudad fortificada y reino con cerrojos” (Prov. 18, 19). No deshagas nuestro parentesco y rompas este cerrojo.”

Todo esto y mucho más te dije mil veces, sin que entonces por cierto barruntara nada semejante, sino creyendo en tu franca y sana amistad para conmigo. Quería, más bien, curar al enfermo en salud, sin caer en la cuenta de que, a lo que parece, estaba aplicando medicinas al enfermo de verdad; y ni aún así, por mi desgracia, conseguí nada, ni me valió cosa mi exceso de previsión. Porque tú, arrojando en un punto lejos de ti todas esas consideraciones, me has lanzado al piélago infinito, como barca sin lastre, sin miramiento alguno a aquellas fieras olas que tendré forzosamente que arrostrar. Pues cuando sucediere (como es fuerza que muchas veces suceda) que se me levanta un calumnia o se haga burla de mí, o se me injurie y moleste de cualquier modo que fuere, ¿en quién me refugiaré? ¿A quién daré parte de mis tristezas? ¿Quién me defenderá a mí y confundirá a los que me molesten y les obligará a éstos a no molestarme más y me dispondrá a mí para sobrellevar las ineptias de los demás? ¡Nadie!, puesto que tú te has retirado lejos de esta guerra terrible y no puedes ya ni oír la grito del combate. ¿No te das cuenta del grande mal que

has hecho? ¿Comprendes, siquiera después del golpe, qué mortal herida me han infligido? Mas quédese eso ahí, pues ya no es posible deshacer lo hecho ni hallar remedio a lo irremediable. Mas, ¿qué diremos a los extraños? ¿Qué responderemos a sus acusaciones?

Contestación de Crisóstomo.

Crisóstomo.— ¡Buen ánimo!, le dije yo entonces; porque no sólo estoy dispuesto a rendir cuentas sobre todo eso, sino que quiero también darte razón aun de los otros puntos, sobre que no la pides, en cuanto a mí se me alcance; y hasta, si así te place, por éstos voy a empezar mi defensa. Conducta sería absurda y obra de ingrato en grado sumo, si preocupándome de lo que puedan pensar de mí los extraños y no dejando piedra por mover para taparles la boca en sus acusaciones, no tratara de persuadir, de que en nada le he faltado, al que más amo de todos, al que guarda tal pudor y reverencia para conmigo, que ni siquiera quiere acusarme de los agravios que dice haber recibido de mí, sino que posponiendo lo suyo, sólo de mis cosas se acuerda. Absurdo sería, repito, e ingratitud desmedida que usara yo con él de mayor pereza que mostró él diligencia para conmigo. Así, pues, ¿en qué te he agraviado? Pues por aquí, efectivamente, me determino a meterme en el mar profundo de mi defensa. ¿Acaso es que te engañé y no te descubrí mis intenciones? Mas si te traicioné, por tu bien lo hice: bien para el que fue engañado y bien para aquéllos a quienes por engaño te entregué. Si, en efecto, asentamos que el engaño es siempre malo absolutamente y que jamás pueda usarse de él convenientemente, yo me someto en este punto a la pena que tú quieras imponerme; o mejor dicho, ya sé que tú no consentirás que yo sufra pena ninguna. Yo mismo me condenaré a la pena que los jueces imponen a los culpables, cuando sus acusadores los convencen de reos de crimen.

Mas si no se trata de cosa que en sí y absolutamente sea mala, sino que resultará mala o buena según la intención de los que usan de ella, entonces no me acuses ya de que te engañé, sino demuéstrame que yo tracé para tu daño aquella estratagema mía. Porque si esto no hay, no ya reproches y recriminaciones, alabanzas es lo que hay que tributar al engañador, si queremos obrar justamente y a fuer de hombres que saben lo que se hacen. Porque un oportuno engaño y que con

derecha intención se practica, tiene y encierra en sí tanto de ganancia, que muchos han sido castigados por no haber usado de él como debían.

El engaño en la guerra.

Examina, si te place, los más celebrados capitanes que fueron desde el comienzo de los tiempos, y verás que la mayor parte de sus victorias fueron debidas a la astucia. Y son precisamente más alabados los que por astucia vencen, que no los que en campo abierto obtienen la victoria. Porque éstos, si derrotan al enemigo, es a costa de grandes pérdidas en hombres y dinero; de tal manera, que apenas reportan ventaja ninguna de la victoria, sino que la desgracia corre casi por igual para vencedores y vencidos, diezmados como quedan los ejércitos y vacías las arcas. Fuera de esto, ni aun de la gloria de la victoria pueden gozar totalmente, pues no pequeña parte de ella se la llevan los mismos vencidos, como quiera que si fueron derrotados en sus cuerpos, no lo fueron en el valor de su alma. Y si hubiera sido posible que, aun heridos, no cayeran, y la muerte no viniera a hacerles terminar la lucha, ellos, de suyo, jamás hubieran cejado en su valor.

Mas el que logra la victoria por estratagema no sólo destruye el enemigo, sino que le convierte en irrisión de todos. Porque no se trata ya de medir las fuerzas, en que vencedores y vencidos se llevan por igual las alabanzas, sino la inteligencia, y aquí la prez de la victoria pasa íntegra a los vencedores; y además —lo que no significa menuda ventaja—, la ciudad goza del triunfo puro, sin mezcla de dolor ni de tristeza. Porque la riqueza y grandeza de la inteligencia no tiene nada que ver con la riqueza de dineros y la muchedumbre de soldados; porque hombres y dinero, si de continuo se gastan en las guerras, vienen a terminarse y los dueños se quedan sin nada; mas aquélla es de tal naturaleza, que cuanto más se ejercita, más se aumenta.

El engaño en la paz.

Mas no sólo en la guerra, sino en la misma paz encontraremos ser grande la utilidad del engaño, y necesario en ocasiones servirnos de él, no sólo en los asuntos políticos, sino en la misma familia, el

marido respecto de la mujer y la mujer respecto del marido, el padre con el hijo, el amigo con el amigo y hasta los hijos con los padres. La hija de Saúl, por ejemplo, de ningún otro arte hubiera podido librar a su propio marido de las manos de aquél, sino engañando a su padre (I Reg. 19, 11). Y su hermano de ella, tuvo que valerse de las mismas armas que la mujer cuando quiso otra vez salvar al mismo que ella salvara, puesto de nuevo en peligro de muerte (Ibid. 20, 8).

Basilio.— Nada de todo eso me atañe a mí, replicó mi amigo; pues ni yo soy tu enemigo y contrario, ni jamás intenté hacerte daño alguno, sino todo lo contrario. Yo remití mis cosas todas a tu parecer y siempre anduve por el camino que tú me señalaste.

Estratagema de los médicos.

Mas, ¡oh admirable y óptimo amigo! Ya veía yo venir tu objeción, y por eso me adelanté a decirte que no sólo en la guerra, no sólo contra los enemigos, sino en la paz también y para bien de los amigos que más amemos, es lícito usar del engaño. Y que éste pueda ser provechoso no sólo a los que engañan, sino a los mismos engañados, no tienes, para convencerte, sino acercarte a cualquier médico y preguntarle cómo curan a sus enfermos, y oirás de ellos, que no se contentan con su arte ni les basta, sino que en ocasiones tienen que echar mano de su astucia, y combinando ésta con aquélla, logran restituir la salud a los enfermos. Porque casos hay en que o el mal humor de los pacientes, o la dificultad de la enfermedad no admite los consejos del médico, y entonces no hay más remedio que ponerse la máscara del engaño, para disimular, como en el teatro, la verdad de las cosas. Y si gustas, yo mismo puedo contarte una treta, entre muchas, que oí referir de un médico. Cayó no sé quién repentinamente enfermo con fiebre vehementísima y abrasadora; mas es el caso, que el buen hombre rechazaba cuantos remedios pudieran apagar aquel fuego, y, en cambio, deseaba e insistentemente pedía a cuantos entraban a verle que le trajeran vino puro en abundancia y le satisficieran aquel fatal deseo. Fatal digo, porque de haberle alguien dado aquel gusto, no sólo le hubiera encendido más y más la fiebre, sino que hubiera llevado al infeliz hasta el delirio. Impotente aquí el arte médico y sin recurso a que echar mano, pues se rechazaban absolutamente los que ella proponía, viene ahora la astucia y muestra su propia

virtud, tanta por cierto cuanta vas a ver inmediatamente. Viene el médico; toma una jarra de arcilla recién sacada del horno; la remoja bien en vino y sacándola luego vacía, la llena de agua; manda que se oscurezca con muchas cortinas la habitación del enfermo a fin de que la luz no descubra el engaño, y, finalmente, le da a beber de la jarra, como si estuviera llena de vino puro. El hombre, seducido de pronto por el olor, aun antes de tomar la jarra en las manos, ni se paró a examinar lo que le daban, acosado por la gana de beber; engañado por la oscuridad y fiándose del olor, bebió a grandes sorbos de la jarra, y una vez saciado, sacudió inmediatamente su sofoco y pudo escapar del peligro que le amenazaba.

¿Has visto en este caso el provecho del engaño? Y si quisiéramos contar una por una todas las trazas de que los médicos se valen, habríamos de alargar el discurso hasta lo infinito.

Los médicos del alma usan también del engaño.

Mas no sólo los que curan los cuerpos, sino también los que entienden en enfermedades de las almas, han recurrido constantemente a este remedio. Así se atrajo San Pablo a aquellos miles y miles de judíos¹; con la misma intención, aquel que amenaza a los Gálatas que de nada le sirve Cristo si se circuncidan², él circuncidó a Timoteo³; y por la misma razón, el que tenía por daño la justicia que procede de la ley, se sometió a sí mismo a la ley. Grande, en efecto, es la fuerza del engaño, como no se practique con propósito engañoso. O más bien, ya en este caso, no debiera dársele nombre de engaño, sino de cierta como traza, disposición o arte, capaz de hallar salida donde ya no parece haberla y de corregir los defectos del alma. De la misma manera que yo no llamaría homicida a Fineés, aunque de un solo golpe mató a dos personas (Núm. 25, 7 sgs.), ni tampoco a Elías, aun después de la muerte de aquellos soldados con sus capitanes (4 Reg. 1, 12), y de aquel torrente de sangre que hizo correr con el degüello de los sacerdotes de los demonios (3 Reg. 18, 34). Porque si esto concediéramos y miráramos las cosas en sí mismas, prescindiendo de la intención de los que las hacen, por el mismo caso tendríamos que condenar a Abraham por homicida de su propio hijo (Gen. 22), y habríamos de acusar a su nieto Jacob de astucia y a su tataranieto Moisés de robo, porque el uno obtuvo por astucia la primogenitura

(Gen. 27, 19) y el otro se llevó al ejército de los israelitas las riquezas de los egipcios (Ex. 11, 21 sgs.). Pero no, no es así. Dios nos libre de atrevernó a decir tal cosa. Pues no sólo los tenemos por exentos de culpa, sino que por tales acciones los admiramos, puesto caso que Dios mismo los alabó. Porque a decir verdad, sólo debe en justicia ser llamado engañador el que engaña con intención inicua, no el que lo hace con sana intención. Como que muchas veces es hasta conveniente engañar y del engaño se han seguido muy grandes bienes; en cambio, por querer ir derechamente, se han hecho grandes males al que no se quiso engañar.

1. *Hechos*, 21-26.

2. *Gal.*, 5, 2.

3. *Hechos*, 16, 13.

LIBRO SEGUNDO

Sobre el Sacerdocio.

El sacerdocio, máxima prueba del amor a Cristo.

Muchas otras cosas habría que decir sobre el uso que para bien cabe hacer del engaño, o más bien, no ya engaño, sino aquella admirable disposición y traza, como sería más propio llamarlo. Mas, sin duda, lo dicho basta para demostrarlo, y sería pesado y molesto alargar sobre ello el discurso. A ti te tocaría ahora demostrar que lo que hice contigo no fue todo trazado y dispuesto para tu bien y provecho.

Basilio.— Mas ¿qué provecho puede seguirseme —me dijo él— de esta tu traza o sabiduría, o como más gustes de llamarla, para persuadirme de que no me has engañado?

Crisóstomo.— ¿Y acaso puede haberle mayor —le contesté yo— que hacer a la vista de todo el mundo aquello que Cristo mismo declaró ser la mayor prueba de amor que podemos darle? Hablando, en efecto, con el que era cabeza de los apóstoles, le dijo: “Pedro, ¿me amas?” Y respondiendo Pedro que sí, añade el Señor: “Pues si me amas, apacienta mis ovejas” (Ioh. 21, 15). El Maestro pregunta al discípulo que si le ama, no porque necesitase saberlo (¿qué necesidad tenía El, que penetra los corazones?), sino para enseñarnos a nosotros, cuánto le importa el gobierno de estos sus rebaños. Siendo, pues, esto cosa manifiesta, claro será igualmente que se reservará grande galardón al que trabajare en aquello que Cristo precia sobre todas las cosas. Aun acá nosotros, cuando vemos que alguno se interesa por nuestros esclavos o rebaños, lo tomamos por muestra de amor que a nosotros se hace, y eso que se trata, al cabo, de cosas que pueden comprarse por

dinero. ¿Qué recompensa pensamos ha de dar a los que le apacientan su rebaño, que El compró con su muerte y dio por precio su propia sangre? Por eso respondiéndole su discípulo: “Señor, tú sabes que te amo”, poniendo precisamente por testigo de su amor al mismo que era objeto de él, el Señor no se paró ahí, sino que pasó adelante y añadió la señal del amor, diciendo: “Apacienta mis ovejas”. Pues no tanto pretendía entonces el Señor manifestarnos en qué medida le amaba Pedro, cosa que ya nos era manifiesta por mil otros indicios, sino que Pedro, y nosotros con él, nos diéramos cuenta de cuánto ama El a su Iglesia, y pusiéramos, por ende, todo nuestro empeño en su servicio. Pues, ¿por qué causa no perdonó Dios a su Hijo Unigénito, sino que siendo único, le entregó a la muerte? (Rom. 8, 32). Para reconciliar consigo a los que éramos sus enemigos y adquirirse un pueblo peculiar suyo. ¿Por qué el mismo Hijo derramó su sangre? (Tit. 2, 14). Para adquirir a tal precio esas mismas ovejas que ahora encomienda a Pedro y a sus sucesores. Luego con razón dijo Cristo: “¿Quién será el siervo fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de su casa?” (Mat. 24, 25). También aquí las palabras parecen de duda; mas el que las dice, no las dijo porque dudara, sino que así como al preguntar a Pedro si le amaba, no lo hizo porque necesitara averiguar el cariño de su discípulo, sino para mostrar el exceso de su mismo amor, así ahora al decir: “¿Quién es el siervo fiel y prudente?”, no es que ignore quién tal sea, sino que quiere ponernos, delante cuán rara cosa sean semejantes siervos y cuánta, por otra parte, la grandeza del gobierno que se les encomienda. Y de ahí, consiguientemente, cuán grande la recompensa, pues dice: “Sobre todo lo que tiene le constituirá”.

Descuelle el sacerdote en santidad como Saúl en estatura.

¿Con que todavía vas a contender conmigo sobre que no hice bien en engañarte, siendo así que vas a ser puesto al frente de todos los bienes de Dios y hacer de por vida aquello que dijo el Señor a Pedro había de aventajarle en amor sobre todos los demás apóstoles? “Pedro —le dice—, ¿me amas más que éstos? Pues apacienta mis ovejas”. Y claro está que podía haberle dicho: “Si me amas, date al ayuno, duermes sobre la tierra, guarda altas vigiliass, protege a los oprimidos, sé padre de los huérfanos y amparo de las viudas”. Mas la verdad es que

todo eso lo deja a un lado, y sólo le dice: “Apacienta mis ovejas”. Porque todo eso que acabo de enumerar, cosas son que fácilmente pueden practicar muchos de los súbditos, tanto hombres como mujeres; mas en tratándose de ponerse al frente de la Iglesia y recibir la encomienda de las almas, ante la grandeza de este negocio, retírese a un lado todo el linaje de las mujeres y aun la mayoría de los varones, y sólo den paso adelante aquéllos que de entre éstos se aventajen a todos los otros y se alcen tantos codos sobre ellos en virtud del alma, cuantos Saúl sobre todo el pueblo hebreo en estatura de cuerpo. Pues no basta que el sacerdote sobrepase a los demás por encima del hombro, sino que la diferencia que va de los animales al hombre, ésa ha de mediar entre el pastor y los apacentados, si es que no mayor, pues realmente mayores cosas se arriesgan. Porque el que pierde un rebaño de ovejas, sea que se las arrebate el lobo o le asalten ladrones o les ataque una peste o cualquier otro accidente, todavía puede esperar algún perdón por parte del amo del rebaño; y puesto caso que se le exija reparación, el daño no pasa de más o menos dinero. Mas aquél a quien se le encomiendan los hombres, que son el espiritual rebaño de Cristo, en primer lugar, el daño que sufrirá, caso de perder sus ovejas, no será en dinero, sino en su misma alma; y en segundo, la lucha que tendrá que sostener es mayor y más difícil. No tendrá, efectivamente, que luchar contra lobos, ni temer salteadores, ni preocuparse de la peste, que ataque al ganado. ¿Contra quiénes es la guerra? ¿Con quiénes hay que habérselas en la lucha? Oye a San Pablo que te lo dice: “No luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus del mal sobre el cielo” (Eph. 6, 12).

Debe apercebirse para la lucha contra el demonio y la carne.

¡Ya ves qué espantosa muchedumbre de enemigos, qué fieros escuadrones, no pertrechados de hierro, sino que por toda armadura llevan su propia maligna naturaleza! ¿Quieres contemplar ahora otro ejército acampado, igualmente feroz y cruel, que acecha a este rebaño? Desde el mismo otero podrán mirarlo, pues el mismo que nos habló de los otros, va ahora a señalarmos estos nuevos enemigos, diciéndonos sobre poco más o menos: “Manifiestas son las obras de la carne, que son, fornicación, adulterio, impureza, impudor, servidum-

bre de ídolos, hechicerías, enemistades (Gal. 5, 19, 21), contiendas, envidias, iras, riñas, calumnias, murmuraciones, altanerías, disensiones” (2 Cor. 12, 20) y muchas cosas más, pues no quiso enumerarlas todas, sino que por las unas sacáramos las otras. Y hay otra diferencia de un pastor a otro; pues tratándose del pastor de animales, cuando alguien quiere destruir su rebaño, si logran hacerle huir, le dejan ya de combatir y se contentan con arrebatarse el ganado; mas con el pastor de almas no pasa así, sino que aun después de haberle arrebatado el rebaño entero, no cejan en la lucha contra el pastor, sino que entonces le atacan con más violencia y cobran mayores bríos los enemigos, y no se retiran del campo hasta verle derribado por tierra o quedar ellos derrotados.

El pastor en funciones de médico.

Pues vengamos ahora a las enfermedades que atacan a uno y a otro rebaño. Y la primera diferencia que hallamos es que las que atacan a las ovejas son claras y manifiestas, ya se trate de hambre, ya de peste o de heridas o de cualquier otro siniestro que pueda ocurrirles; lo cual no es pequeña parte para dar con el remedio. Y aun sobre eso, hay otra ventaja para la pronta curación de la enfermedad que aqueje al rebaño, y es que, caso que la oveja no quiera de grado recibir la medicina, puede el pastor con mucha facilidad hacérsela recibir a la fuerza. Si hay que aplicarles un cauterio o practicar una amputación, fácil cosa es atarlas; como es fácil, si así conviene a su salud, tenerlas encerradas todo el tiempo que se quiera, cambiarles el alimento, apartarlas de las aguas, o hacer, finalmente, todo lo que el pastor tenga por bien para el caso.

Mas la cosa cambia cuando se trata de las enfermedades de las almas. En primer lugar, tropezamos con la dificultad de conocerlas, “pues nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él” (1 Cor. 2, 11). ¿Cómo, pues, aplicar el remedio de una enfermedad, cuya naturaleza se desconoce y que muchas veces ni se puede saber si existe? y aun dado caso que la enfermedad sea clara y patente, la dificultad de curarla es aquí mayor que en el caso de las ovejas, pues no es posible curar a los hombres mal de su grado, como hace el pastor con aquéllas. Ciertamente que aquí también hay que atar y privar de alimento y quemar y cortar; mas que la medicina se acepte,

no está ya en manos del que la aplica, sino del enfermo. Así se lo dice aquel varón admirable, como quien así lo sentía, a los de Corinto: “No somos dominadores de vuestra fe, sino coayudadores de vuestra alegría.” (2 Cor. 1, 23.) Porque a nadie como a los cristianos les está vedado corregir por la violencia los defectos de los que pecan. Eso pueden hacerlo los jueces seculares, que, cuando un malhechor cae bajo la ley, le obligan, mal de su grado, a dejar sus costumbres; mas entre nosotros, no es lícito proceder a la fuerza, sino que por el camino de la persuasión hay que corregir al que peca. No nos conceden las leyes ese poder de coerción contra los que pecan, ni, caso que nos lo concedieran, nos serviría para nada, pues no ha de coronar Dios con su gloria a los que a la fuerza se apartan del mal, sino a los que lo evitan por libre y espontáneo propósito. De ahí que se requiera tanto tino para persuadir al enfermo que se someta voluntariamente a la cura que el sacerdote le ofrece, y no sólo se someta, sino que juntamente se lo agradezca. Porque si se le ata y patalea (pues quédale poder para ello), el mal resulta más grave; y si rechaza las palabras de reprensión, que cortan como el hierro, a una herida se añade otra herida, y lo que se hizo para curarle, le agrava la enfermedad. En conclusión, que no es posible en este género de males curar a nadie a la fuerza y mal de su grado.

La prudencia en corregir y moderación en castigar.

¿Qué hacer en trance semejante? Pues córrase peligro de tratar con demasiada blandura al que necesita se le corte en carne viva, y si no descarnas hasta el hueso, cuando la herida es profunda, no harás sino cortar una parte y dejar otra. Mas, por otro lado, si cortas por lo sano sin miramiento alguno, córrase otro riesgo no menor; que exasperado el enfermo por los dolores, dé al traste con todo, vendas y medicinas, y, roto yugo y ataduras, se despeñe en su perdición. En comprobación de lo cual, pudiera contarte de muchos que vinieron a dar en los mayores extremos, por habérseles exigido el castigo que sus pecados merecían.

Pues no basta simplemente aplicar al pecado la medida del castigo, mas débese también considerar la intención del que pecó, no sea que queriendo coser el rasguño, hagas mayor la rotura, y por levantar al caído, le ocasiones ruina mayor. Hay, en efecto, varios géneros de

gentes —los que de suyo son flacos para el bien, los derramados, los que están muy metidos en los placeres del mundo, y, en fin, los que se enorgullecen por su linaje y poderío—; a todos éstos puédeselos suavemente y paso a paso apartar de sus malas costumbres, y aun no del todo; pero, en fin, algo puede conseguirse. Mas si de golpe se los quiere corregir de todo, no se logrará ni siquiera aquella parcial y menor enmienda que decíamos. Porque el alma que una vez pierde la vergüenza, cae en el endurecimiento de corazón, y ya ni se la mueve con blandas palabras, ni se la doblega con amenazas, ni se la atrae con beneficios, sino que viene a ser peor que aquella ciudad que el profeta increpa diciéndole: “Tu vista se hizo adúltera y perdiste la vergüenza con todo el mundo.” (Jer. 3, 3.) Por eso, gran prudencia se requiere en el sacerdote y mil ojos ha de tener para mirar por todos sus costados la disposición en que está el alma, pues así como hay muchos que se insolentan, y desesperan de su salud por no poder sufrir los medicamentos amargos, así en lo espiritual hay quienes, por no sufrir el castigo que merecen sus pecados, se ensoberbecen y se vuelven peores y se abalanzan a mayores pecados. Ninguno de estos puntos ha de dejar el sacerdote sin examinar, sino, diligentemente mirado todo, aplicar entonces convenientemente su remedio, a fin de que su empeño no resulte vano.

Cómo haya de recoger la oveja extraviada.

Mas no sólo ha de trabajar el sacerdote en corregir a los que pecan, sino en juntar otra vez al cuerpo de la Iglesia los miembros arrancados de ella. Y no será poca la dificultad que aquí le espera. Porque allá al pastor ordinario, sus ovejas le siguen mansamente por doquiera las guía; y si acaso algunas, más ariscas y cerreras, dejan el pasto saludable y se andan por parajes estériles y escabrosos, bástale levantar un poco más la voz para recogerlas otra vez y juntarlas al resto del rebaño.

Mas si un hombre se desvía de la fe derecha, ¡cuánta diligencia, cuánta constancia, cuánta paciencia no ha menester el pastor de las almas para reducirla otra vez a ella! Porque no se trata aquí de arrastrarle por la fuerza, ni de obligarle por el terror, sino de atraerle nuevamente por la persuasión a la verdad, de la que en mala hora se apartó. Alma, por cierto, generosa se requiere para no desalentarse,

para no desesperar de la salvación de los extraviados, para tener siempre delante y repetirse a la continua aquello del Apóstol: “Quizá algún día les conceda el Señor arrepentimiento y vengan en conocimiento de la verdad y se vena libres de los lazos del diablo” (2 Tim. 2, 25, 26). Por eso dijo el Señor, hablando con sus discípulos: “¿Quién es el siervo fiel y prudente?” Porque el que a sí solo se ejercita en la virtud, para sí solo alcanza provecho; mas el provecho del ejercicio pastoral a todo el pueblo se extiende. Cierto que el que distribuye sus bienes entre los necesitados y el que de cualquier otro modo defiende a los oprimidos, aprovecha también, a su modo, a sus prójimos; pero siempre será en orden y grado tan inferior cuanto va del alma al cuerpo. Luego, concluyendo, con razón dijo el Señor que la señal de nuestro amor para con El es el empeño que ponemos en cuidar de su rebaño.

Réplica de Basilio: Contrarréplica de Crisóstomo.

Basilio.— ¿Mas es que tú no amas a Cristo?

Crisóstomo.— Amole ciertamente, y jamás he de dejar de amarle; pero temo irritar al mismo a quien amo.

Basilio.— ¡Vaya un enigma que me propones, oscuro como él solo! Pues por un lado me acabas de mostrar que Cristo manda a quien le ama que apaciente su rebaño, y por otro me dices ahora que tú no quieres apacentarlo, porque amas al que esto mandó.

Crisóstomo.— No hay enigma ninguno en lo que te digo, sino que es cosa absolutamente clara y sencilla. Si yo, en efecto, me sintiera apto para desempeñar este ministerio, tal y como Cristo quiso que se desempeñe, y con todo eso lo rehuyera, entonces sí cabría dudar del sentido de mis palabras; mas puesto caso que mi flaqueza espiritual me incapacita para este ministerio de las almas, ¿qué hay que inquirir en lo que te dije? La verdad es que temo que se me entregara un rebaño de Cristo grueso y bien cebado, y por mi inexperiencia viniera a enflaquecer de manera que provocara contra mí la indignación de aquel Dios que se entregó a sí mismo por salvación y precio de sus ovejas.

Basilio.— Bromeándote estás conmigo, al hablar de esa manera, pues si en serio lo dices, a fe que no podías demostrarme de otra mejor manera que tengo razón en mi dolor, que con lo que me acabas de alegar precisamente cuando tratabas de quitarme mi tristeza. Pues

yo, que ya sabía de antes que me habías engañado y traicionado, ahora que tratabas de deshacer mis acusaciones acabo de enterarme y darme más cabal cuenta del cúmulo de males a que me has arrastrado. Pues si por no sentirte capaz para este ministerio y no ser tus hombros para tanta carga, la rehuiste, a mí, aun en el caso de que me hubieras visto con ardiente deseo de ella, debieras habérmela quitado de encima, más que más habiendo yo puesto en tus manos la resolución de todo este negocio. La realidad ha sido muy distinta: mirando sólo por ti, te desentendiste completamente de mi interés. ¡Y ojalá que sólo te hubieras desentendido, que ya me tendría yo por contento con eso! Llegaste a más y me armaste una trampa para que más fácilmente cayera en las manos de los que querían prenderme. Y ni siquiera podrás, para justificar tu conducta conmigo, buscar el subterfugio de que te engañó la opinión del vulgo y te hizo presumir de mí altas y grandes cosas. Pues ni soy de los ilustres que el vulgo admira, ni, caso que lo fuera, había que anteponer el juicio de la gente a la pura verdad. Y aun si nunca hubieras tenido ocasión de tratarme de cerca, tuviera alguna razonable excusa que te guiaras por la opinión de los demás; mas si no hay ni uno que así conozca todo lo que tú conoces, si sabes tú mejor que los mismos que me engendraron y criaron, los repliegues todos de mi alma, ¿qué discurso vas a componer tan elocuente que pueda persuadir a tus oyentes que no me arrojaste muy de propósito al peligro en que ahora me hallo? Mas, en fin, quédese esto aquí por ahora, pues no quiero que por cosa mía comparezcas a juicio. Sólo quiero que me digas qué defensa tienes contra tus acusadores.

Panegírico de Basilio.

Crisóstomo.— Pues no te la diré —repliqué yo— si primero no deshago tus acusaciones, por más que tú, una y mil veces, me quieras absolver de ellas. Tú dices, en efecto, que mi ignorancia pudiera excusarme y que nada habría que reprocharme si, sin saber de ti absolutamente, te hubiera empujado al estado en que te hallas; mas puesto caso que te entregué, no por ignorancia, sino sabiendo muy bien sabidas todas tus cosas, me queda cerrado el camino para toda razonable excusa y justa defensa. Mas el caso es que yo opino todo lo contrario. ¿Por qué? Porque un asunto de tanta gravedad pide largas pesquisas; y el que quiere levantar al sacerdocio a sujetos realmente

idóneos, no puede contentarse con la fama que por ahí corra, sino que juntamente con ella, él, más que nadie y antes que nadie, ha de averiguar muy bien todo lo que a los sujetos en cuestión se refiere. Porque al decir San Pablo: “Conviene que tenga también buen testimonio de los de fuera” (I Tim. 3, 7), ni excluye con eso este cuidadoso y apurado examen, ni presenta ese testimonio como prueba principal para la aprobación de los que han de ser ordenados sacerdotes. Efectivamente, después de haber enumerado el Apóstol otros muchos requisitos, añade también ése de la fama, dándonos a entender que no es ella suficiente, sino que, dado caso que ninguno de los otros falte, habrá que atender también a esotro. Pues cierto es que muchas veces la opinión vulgar es engañosa; mas una vez practicado este diligente examen, ningún peligro puede ya resultar de aquélla. Por eso puso el apóstol lo de la fama exterior después de todo lo demás, pues no dijo simplemente “conviene tenga buen testimonio”, sino que añadió: “También de los de fuera”, dándonos a entender que antes de la fama de fuera hay que someterle a cuidadoso examen en todo lo demás. Luego, yo que te conocía mejor que tus mismos padres, como tú mismo confesaste, he de quedar absuelto de toda culpa por haberte conducido al sacerdocio.

Basilio.— Por eso más bien —me replicó mi amigo— debieras ser condenado, si alguien quisiera acusarte. ¿O es que no recuerdas, habiéndomelo tantas veces oído decir y habiéndolo tú mismo comprobado en mis obras, cuán poca sea la generosidad de mi alma? Pues ¿no te burlabas continuamente de mi pusilanimidad, cuando los más leves cuidados me derribaban por el suelo?

Crisóstomo.— Recuerdo muy bien —le contesté— haberte muchas veces oído decir todo eso y no voy ahora a negártelo. En cuanto a burlarme de ti, por broma lo hacía, y no de veras. Sin embargo, no quiero ahora discutir sobre nada de eso; sólo te pido que tú también uses conmigo de la misma generosidad, cuando yo quiera recordar algunas de tus virtudes. Y aun dado caso que me quieras argüir de embustero, no he de perdonárteio, pues yo te demostraré que al hablar así, llevas tu modestia más allá de la verdad. Y para probar la verdad de mi afirmación, no tendré que apelar a testimonio extraño, sino a tus mismos dichos y hechos. Y ante todo, quiero preguntarte una cosa: ¿Sabes cuánta es la fuerza de la caridad? Míralo por aquí: El mismo Cristo deja a un lado los prodigios que habían de obrar los apóstoles y dice: “En esto conocerán los hombres que sois mis discí-

pulos, en que os améis los unos a los otros” (Joh. 13, 35). Y Pablo dice que la caridad es la plenitud de la ley (Rom. 13, 10) y que sin ella ningún valor tiene todos los carismas. Pues esta virtud exquisita, este distintivo de los discípulos de Cristo, esta gracia que está por encima de toda otra gracia, yo la he visto generosamente plantada en tu alma y dando además copioso fruto.

Basilio.— Que el adquirir esa virtud haya sido toda mi preocupación, y que en el cumplimiento de ese mandamiento he puesto mi máximo empeño, no tengo inconveniente en concedértelo; mas que lo haya cumplido, ni a medias siquiera, tú mismo puedes serme testigo de ello, si es que quieres estimar en más la verdad que halagarme con tus palabras.

Crisóstomo.— Perfectamente, voy a apelar a las pruebas y cumplir lo que antes te amenacé: Demostrarte que cuidas más de aparecer modesto que de ser verdadero. Y referiré un caso sucedido recientemente, para que nadie pueda sospechar que cuento cosas añejas, con intención de que la verdad quede en la penumbra del mucho tiempo transcurrido, cuando el olvido no permite refutar lo que yo pudiera decir para adularte.

Heroica caridad de Basilio.

El caso fue que uno de nuestros familiares fue acusado ante los tribunales de injusticia y arrogancia; estaba a punto de ser condenado a la última pena, y entonces, sin que te acusara nadie ni siquiera te rogara el mismo que corría peligro de muerte, por librarle a él, te arrojaste tú mismo al peligro. Tal fue el hecho; mas para argüirte también por tus palabras, quiero recordar lo que en aquella ocasión dijiste. Unos, en efecto, desaprobaban este valor tuyo; otros lo alababan y admiraban. Tú entonces: “¿Qué queráis que hiciera? —contestaste a los que te acusaban—. Yo no sé amar de otra manera, sino exponiendo hasta mi propia vida, si ello es necesario, para salvar la de mis familiares.” Y hablando así, si no dijiste las mismas palabras, sí el mismo pensamiento de Cristo, cuando marcó a sus discípulos el límite extremo a que puede llegar el amor: “Nadie —dijo el Señor— puede dar prueba mayor de amor a sus amigos que dar la vida por ellos” (Joh. 15, 13). Luego, si no hay amor mayor que éste, tú llegaste hasta el límite del amor, y por lo que hiciste y por lo que dijiste, tocaste la